

**XI SEMINARIO DE AUTOFORMACIÓN DE LA RED CAPS**  
**Barcelona, 30 de octubre de 2009**

**OPORTUNIDADES VITALES DEL CAMBIO FRENTE A LOS ESTEREOTIPOS**

**Dolores Juliano**

*Antropóloga. Profesora jubilada UB*

*“A lo largo de nuestra vida nos mantenemos en silencio acerca de quienes somos, acerca de lo que sólo nosotros conocemos y no podemos revelar a nadie. Pero sabemos que aquello sobre lo que callamos es la verdad. Somos lo que callamos” Sándor Márai. Memoir of Hungary” (107) Kaufman, Paola. 2005. El lago. Buenos Aires: Planeta.*

Vivimos más. La edad de la menopausia, que antes marcaba el comienzo de la vejez, es una etapa que ahora se encuentra en la mitad de la expectativa de vida. Además nos mantenemos activas a edades avanzadas. ¿Debemos acaso entender que se ha alargado nuestro tiempo de trabajo, dedicándonos al cuidado o reciclando como abuelas las tareas que ya hicimos como madres, como señala Anna Freixas? (Freixas Farré, 2003) o ¿Podemos calcular que este tiempo agregado es tan válido como el anterior y que podemos sacar de él todo el provecho que por diversos motivos no pudimos sacar de las etapas anteriores?

En un grabado veneciano de la segunda mitad del siglo XVIII, se consideraba que los cuarenta años eran la “perfecta edad” para la mujer. Si tenemos en cuenta que entonces la menopausia se producía a los 35 años (Esteban, 2001, p.26) podemos sospechar que detrás de esta asignación estaba el profundo alivio de las mujeres de dejar de correr el riesgo de parir, al mismo tiempo que se conservaba aspecto y vitalidad juveniles. El sesgo ideológico de estos documentos se ve mejor si observamos que en el mismo cuadro, para los hombres, la “edad fuerte y madura” la colocaban en los cincuenta años, es decir que les asignaban diez años de ventaja vital, que ninguna estadística corroboraba.

Por esa época, la medicina comienza a tomar el relevo a la religión como marco legitimador de los juicios sociales. Aunque su eficacia sólo comienza a fines del XIX, y el aumento de las expectativas de vida puede asignarse más a motivos higiénicos, económicos y de organización social. Su credibilidad social hizo que se consideraran incuestionables sus funciones taxonómicas, que permitieron y legitimaron las clasificaciones raciales y sexuales; y sus funciones normativas, estableciendo los criterios de normalidad en lo que Foucault denominó “biopoder” (Foucault, 1992)

Teniendo en cuenta el poder de estos marcos de referencia, me referiré brevemente a dos temas que parecen no tener mucho lugar cuando hablamos de mujeres de edad avanzada: la belleza y el amor. En ambos casos los modelos sociales van en nuestra contra, pero precisamente es contra esos estereotipos que realizamos nuestras conquistas, a veces cuestionando los modelos abiertamente, pero con más frecuencia transgrediéndolos en silencio.

En tanto que mujeres maduras hemos acumulado experiencia y sabemos que se nos permite más fácilmente transgredir las normas que cuestionarlas. Como dice la mejicana Angeles Mastretta, a menudo es prudente *“seguir uno de los muchos buenos consejos que he recibido de Edith Wharton: uno puede hacer en la vida lo que quiera, siempre y cuando no intente justificarlo”* (Mastretta, 2006,p.141). Pero la estrategia del silencio no permite acabar con los estereotipos, nos transforma en infractoras silenciosas y silenciadas, de las cuales se puede seguir suponiendo que están de acuerdo con los modelos, aunque no los cumplan. Los avances realizados en la última mitad del siglo XX nos permiten enfrentar los prejuicios pasando de la transgresión al cuestionamiento, aunque esto no nos garantiza salir indemnes de los costes.

Tradicionalmente las expectativas sobre cómo debían ser, qué aspecto debían tener y qué debían sentir las mujeres, no se realizaban a partir de sus propios proyectos y deseos, sino desde la mirada masculina. La visión androcéntrica del mundo valoraba en las mujeres aquellos rasgos que los hombres buscaban en ellas, los que les permitían mantener sus privilegios. Así, junto con la belleza y la juventud que las hacía deseables, se esperaba docilidad, dulzura y vocación de servicio, que las hacía manipulables. Las mujeres mayores constituían el anti modelo, ya no eran tan hermosas, y en cambio eran experimentadas y escépticas. La mujer sabia era un riesgo. Adquiría poder al mismo tiempo que perdía atractivo. El balance era desolador. Todo lo que se adquiría de experiencia vital se vivía como pérdida de feminidad. Afortunadamente todo eso “puede” escribirse en pasado aunque parte de los estereotipos siguen funcionando. El uso de los tintes para el cabello y la frecuencia del recurso a la cirugía estética nos hablan de la dificultad persistente de considerar los cambios físicos relacionados con la edad como escalones de una escala de superación (como lo veían los antiguos chinos) y señala la persistencia de la asignación diferencial por género, de los elementos que otorgan prestigio social. La industria farmacéutica y la cosmética se nutren de estos prejuicios y los potencian. Así las mujeres son las principales usuarias de sus ofertas.

Sólo un cambio en la mirada, puede permitir la aceptación de la edad, sin la “vergüenza” que implica sentirse por debajo del patrón exigible.

Otro tanto sucede con las relaciones afectivas. En la actualidad, a partir de expectativas de vida mucho más largas (sobre todo para las mujeres) y de un aumento importante de su autonomía y de su autoestima, muchas mujeres reorientan su vida sentimental, sus opciones sexuales y/o su proyecto de vida, a una edad avanzada.

Esto implica una diferencia sustancial con la pareja adolescente, unida por el amor romántico. Éstas carecen (o se creía que era deseable que carecieran) de experiencias sexuales y sentimentales previas y establecían un vínculo de tipo fusional (ver Clara Coria ‘El amor no es como nos contaron’) con un compromiso de entrega y durabilidad tendente a facilitar la procreación y la atención de las criaturas. En realidad cada uno de los elementos del amor romántico estaba pensado para esta situación. La fidelidad garantizaba la paternidad y asociaba al hombre con su prole, la división de roles aseguraba una interdependencia que permitía mantener la convivencia, aunque resultara desagradable para alguno de los integrantes del grupo, y la idealización del amor permitía transformar lo que podía ser un acuerdo puntual en un proyecto ‘para toda la vida’.

Ninguna de estas condiciones se da en las relaciones en la segunda edad adulta. Por definición surgen como consecuencia de experiencias previas en que las personas han ido aprendiendo los límites y las posibilidades de sus deseos y de sus capacidades de convivencia. No se trata así de relaciones ingenuas, si no de opciones reflexivas. Además no se trata de una asociación centrada en la reproducción. Los hijos y las hijas no son el motivo de la convivencia, sino (con frecuencia) un obstáculo a la misma. Además, el vínculo de fusión ha perdido gran parte de su atractivo para personas que han conseguido, con considerable esfuerzo, desarrollar proyectos de vida autónomos, que son precisamente los que les permiten plantearse una nueva relación.

Tampoco resulta clara, en estos casos, la necesidad (o conveniencia) de la complementariedad de roles. De hecho en estas relaciones son frecuentes las opciones homosexuales, que garantizan mejor los acuerdos y las semejanzas que facilitan la convivencia.

La creatividad y la fluidez pueden caracterizar estas opciones, que ya no son tributarias de los antiguos modelos.

Bibliografía citada

- ✓ Esteban, Mari Luz (2001). *Re-producción del cuerpo femenino*. Donostia: Ed. Gakoa.
- ✓ Foucault, Michel (1992). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI.
- ✓ Freixas Farré, Anna (2003). Abuelas. La solidaridad en los linajes femeninos. *Mujeres y Salud. Dossier 11, Nº 11-12, 29-31*.
- ✓ Mastretta, Angeles (2006). *El cielo de los leones*. Barcelona: Seix - Barral.